

DOCUMENTOS

EL FUTRE

Vicente Cicchitti

Cuéntenos de Mendoza –dijeron los comensales porteños de Buenos Aires (para el mendocino están también los porteños de Valparaíso)– de la Cordillera fascinante.

Les hablé esa noche del Futre. Ese fantasma vestido de etiqueta, de oscuro, con solapas brillantes, que merodea sin hallar descanso, como el espectro de Sir Simon de Canterville, matador de su mujer Lady Eleanore por los años de 1575 en su coto de caza, tal como aparece y desaparece en el cincelado cuento de Oscar Wilde.

Pero el Futre es un fantasma bueno y discreto. Suele aparecer en la zona del Aconcagua, en especial a lo largo de las vías del tren que suben de Puente del Inca a Las Cuevas, población puesta bajo el signo del tremendo cerro Tolosa.

Todavía en Mendoza en alguna casa de gente criolla arraigada de tiempo en la ciudad capital, se puede oír: “qué futre estás” por decir qué elegante. El Futre es un fantasma elegante.

Para que se vuelva enconradizo hay que preparar el escenario y el ánimo.

La noche. Las estrellas altas, frías, ojos lucientes de peces pegados al cielo redondo. Las montañas asentadas pesadamente sobre la tierra, volúmenes de roca adormecida. El solitario camino asfijante por el enrarecimiento del oxígeno desde Puente del Inca a Las Cuevas junto al río que baja confesando abruptamente los pecados en murmullos entrecortados. Cerca de la frontera con Chile, el cerro Tolosa, inmenso, despedazado en su faz sur. Esas rocas sepultaron a fines de siglo pasado a unos cuantos pobres residentes a sus pies, en lo que iba a ser Las Cuevas. En Puente del Inca está el cementerio de los muertos en el Aconcagua. ¡Gran privilegio el de dormir junto al Cerro bajo estrellas punzantes de frío, erizadas rosas de los vientos!

El cielo, una luna amarilla, hoz o moneda, pero siniestra, zurda; o un cielo que se cubra de nubes y comience, redoblando el silencio, la caída de la blanda nieve fantasmal.

Entonces puede aparecer el Futre. Depende del ánimo, del aliento que queda en el cuerpo después de transitar por esos lugares altos y esquivos. Suele aguardar en el puente del ferrocarril tendido sobre el río Horcones, portador de agua turbia y helada, procedente de los glaciares de los dos Horcones, las grandes neveras sur del Aconcagua.

Espera con paciencia, no se abalanza sobre el andarín. Uno camina penosamente abrumado por tanta nube, montaña y altura, y ya tiene a su lado al señor de negro, de reluciente solapa.

Uno lo mira con el rabillo del ojo. No puede ser. Sí, es él. Le relucía la solapa y la camisa blanca con moño blanco. Me acompañó más de dos horas, cuando volvía extenuado, pedestre, pues faltaban los caballos, desde Plaza de Mulas —el campamento base— a Puente del Inca, luego de haber alcanzado la cumbre del Aconcagua.

Venía pisando las morrenas antiguas formadas por el gran ventisquero Horcones que en época diluvial avanzaba su lengua de hielo movedizo hasta el valle del río cerca de Puente del Inca. Construía en mi mente cansada la geografía de estas venas de agua. Esta corriente que baja a mi lado y se queja —estoy cansado— ha destilado de los dos ventisqueros situados al pie del Aconcagua: el Horcones Superior y el Horcones Inferior. Empecé a ver en mi imaginación alterada la laguna Horcones, el ejemplo clásico de laguna glacial de morrenas. Las aguas claras y aquietadas copiaban la imagen del ventisquero yacente en la falda meridional del Aconcagua. Lugar de rara belleza. Un manto vegetal, el último hacia arriba, encanta los ojos que buscan un abrigo contra el reflejo resplandeciente irradiado por el poderoso precipicio de hielo que se vierte desde las cimas del Aconcagua sobre su pared meridional. La temible Pared Sur de los grandes andinistas.

El Futre había desaparecido, mientras miraba asombrado el Cerro Almacenes: un almacenaje de capas conglomeradas, areniscas, yesos y cales regularmente ordenadas. Una exhibición modelo de los diferentes horizontes geológicos, distinguidos entre sí por su composición y el más variado juego de colores.

Mis compañeros se habían adelantado más de media hora y desaparecieron en la tarde que caía. Una vuelta entristecida por haber subido el Aconcagua; por la soberbia que llenaba mi alma por la simple gracia de haber llegado a la cumbre del gran cerro. Deseaba ardientemente confesarme.

Me atreví a levantar los ojos, cuando vi de nuevo una señal en el suelo, hasta donde debía estar la cara de mi extraño acompañante. Se recortaba nítido el cuello de la chaqueta negra y por momentos luciente. Terminaba la camisa con su corbata como puente cortado. Es verdad que marchábamos ahora a lo largo de un telón de fondo de hielo. Quizá su rostro palidísimo había desaparecido por ese motivo. De un alto sajón, un paso suyo valía dos míos —¿Será mi sombra o mi actoplasma?—.

Cuando los ingleses hacían construir las vías del ferrocarril que va de la frontera chilena hasta Mendoza algunos dieron muerte al pagador y le sacaron la valija con el dinero. Se dice que el atildado pagador inglés vuelve en busca de su valija de mano llena de plata, y a visitar a la condesa de Meyendorff, quien en el año 1903 junto con el guía suizo Pellinger, alcanzó, la primera, la cúspide del cerro Tolosá. Por eso suele decir, a veces, a modo de impresionante presentación a quien se aparece: —Maestro, ¿vamos al Tolosa?—.

Llegamos a los túneles de chapa de zinc, levantados para evitar el amontonamiento de la nieve sobre las vías del ferrocarril durante las borrascas furiosas, silbantes a velocidades de más de cien kilómetros horarios.

—¿Qué iba a hacer el Futre en la entrada del oscuro pasadizo?

El señor Futre —alcancé a verlo— saltó sobre el techado. Yo me deslicé tristísimo por la galería llena de sombras. Cada tanto brillaban, rectas serpientes de metal, las vías. Eran a causa de los espaciados orificios por donde entraba una luz más desalentadora que la densa tiniebla que salía a mi paso. Acompasados sonaban los blandos pies del Futre sobre el techo de lata.

Salí de nuevo bajo el cielo. Algo se imprimía en la nieve, que ahora pisaba, a la par de mis impresas de goma. Ya caminaba borroso de nuevo a mi lado.

Pero se vieron reconfortantes las luces llamativas del hotel Puente del Inca. Cada cuadrado de luz, una habitación, varias personas seguramente en ellas, con vida, con cabeza. Dentro, el baño tibia para reconfortar el ánimo y este cuerpo maltratado por el cansancio inenarrable de la ascensión que ya duraba una docena de días; sudado por el esfuerzo y el escalofrío de todos los miedos pasados; con ropas de lana contra la sofocada epidermis; el agua de Villavicencio, transparente, seda untuosa para lubricar mis entrañas ardidadas por la natural deshidratación total que se produce al realizar ese tipo de empresas; el cordial encuentro con familiares y amigos esperando ansiosos nuestra llegada.

No tenía cara efectivamente. Crucé sin vacilación el puente tendido sin baranda sobre el abismo del río Horcones. Allá quedó solo el Futre. La luna se había levantado, y su luz iluminó las ilustres aguas del Aconcagua.